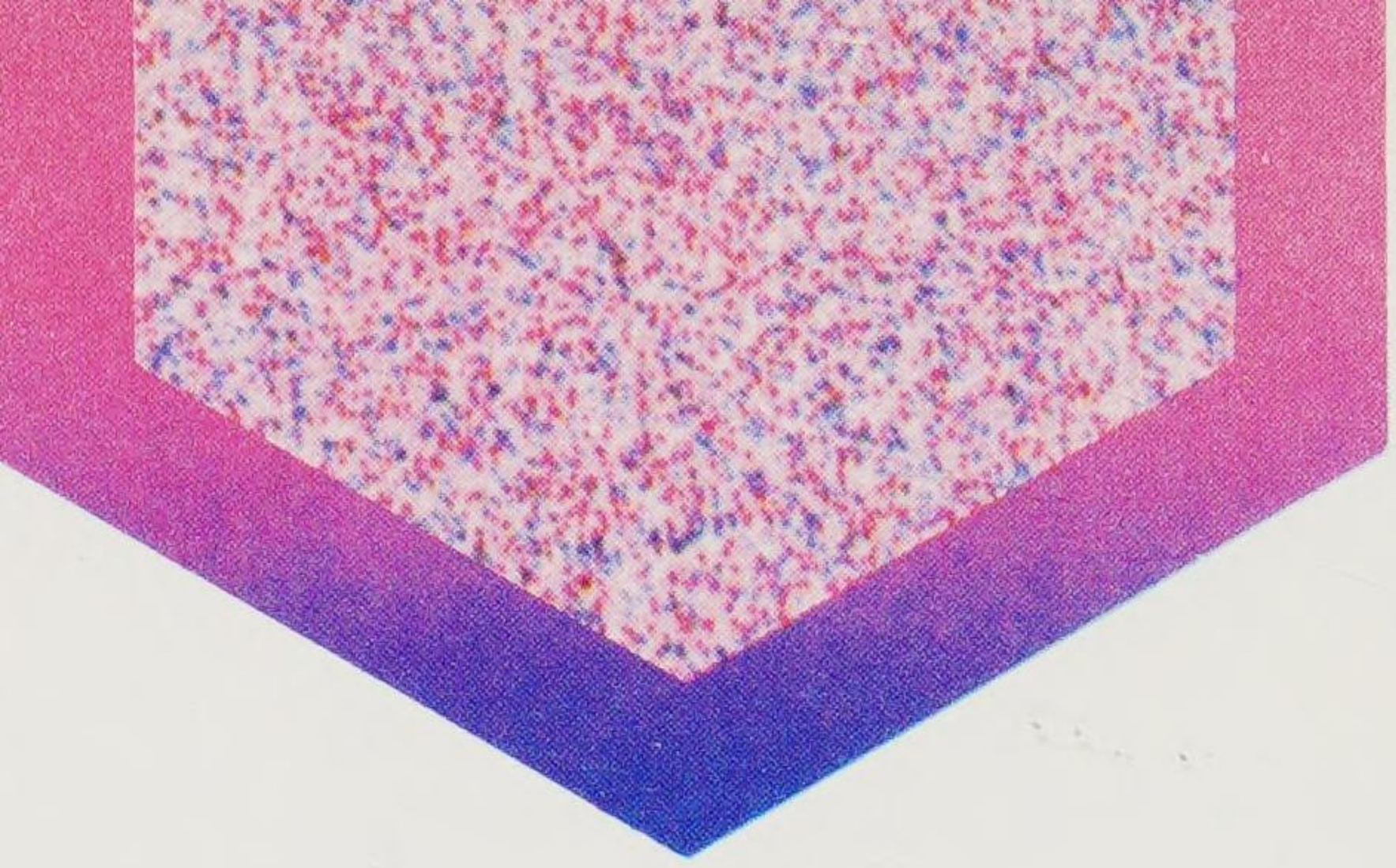
HARRIS COUNTY PUBLIC LIBRARY
3 4028 04236 0942
PW

PROHIBIDO EL ELEFANTE

PRIMERA SUDAMERICANA

Gustavo Roldán
Ilustraciones: Luis Pereyra



$4.95

2077

EL AUTOR

Gustavo Roldán nació en el Chaco, en 1935. Es profesor de literatura, periodista, carpintero, y escribe cuentos y poemas para grandes y chicos.
Entre sus libros publicados figuran: *El monte era una fiesta, Cada cual se divierte como puede, La leyenda del Bicho Colorado, Sapo en Buenos Aires, Cuentos del zorro, El carnaval de los sapos, Como si el ruido pudiera molestar, Las aventuras de Pedro Urdemales.* Le gustan las sandías rojas, el mate amargo, los barriletes y los chicos que trepan a los árboles.

PW

LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/prohibidoelelefa0000rold

PRIMERA
SUDAMERICANA

Diseño gráfico: Helena Homs

Impreso en la Argentina
Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.
© 1988, Editorial Sudamericana S.A.
Humberto I 531, Buenos Aires
ISBN 950-07-0529-X

COLECCION

PAN • FLAUTA

Dirigida por

Canela

(Gigliola Zecchin de Duhalde)

PROHIBIDO EL ELEFANTE

Gustavo Roldán
Ilustraciones: Luis Pereyra

EL ZORRO
Y LAS NUBES

Versión libre
de un cuento popular

Esa mañana casi se podía escuchar cómo maduraban las algarrobas.

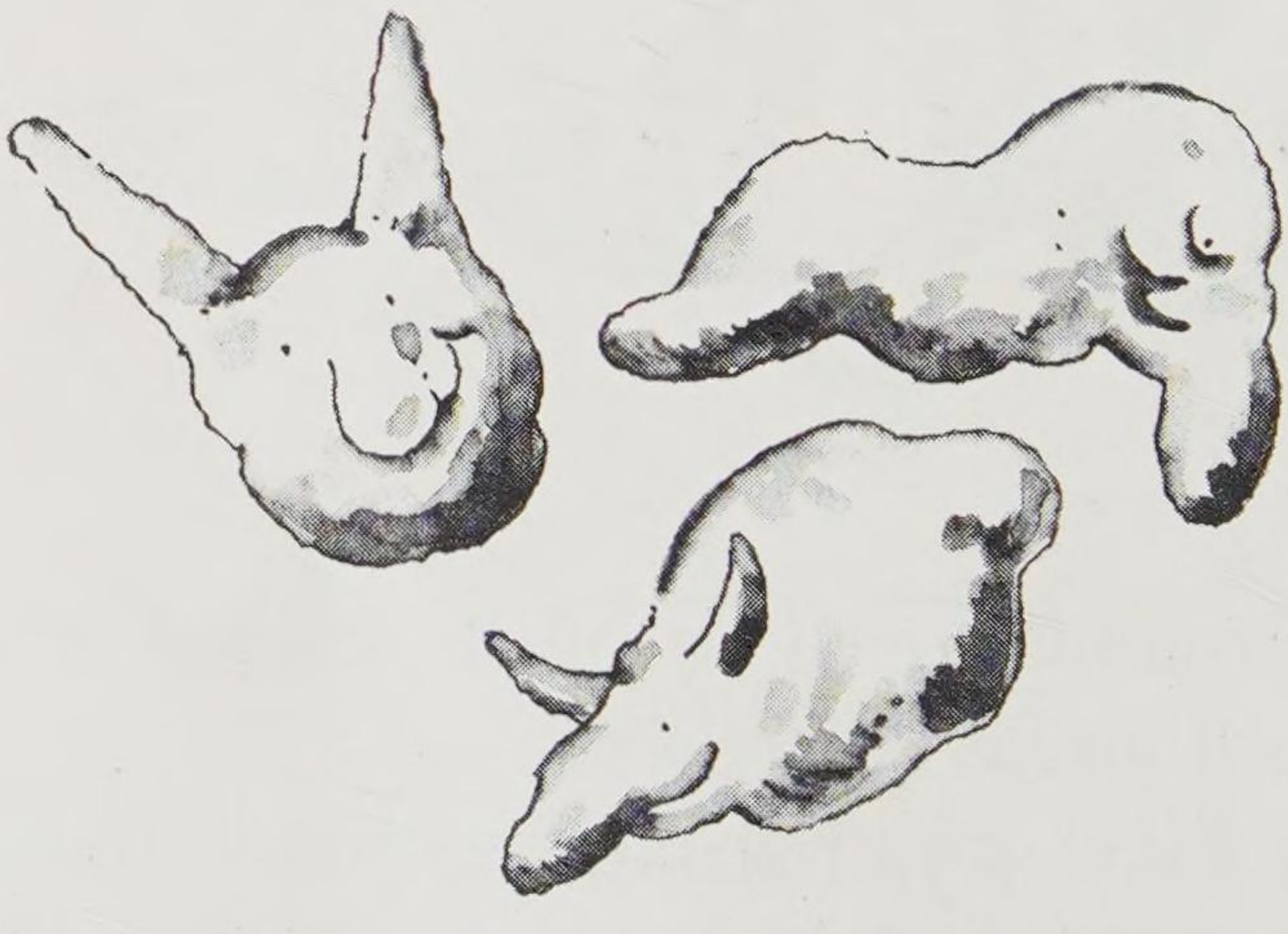
Los pájaros ya habían picoteado hasta cansarse los frutos del tala y del mburucuyá.

Era una buena mañana para olvidarse de los problemas, para olvidarse de que hay cosas de las que uno tiene ganas de olvidarse. Para dejarse estar, mirando las nubes, que siempre esperan que alguien las mire para empezar a jugar tomando formas diferentes.

El zorro sabía eso: que las nubes siempre están quietas, con forma de nube y nada más, hasta que alguien las mira. Entonces juegan. Recién entonces.

Por eso el zorro estaba tirado panza arriba, con las patas apoyadas en un algarrobo, jugando.

Pero claro, el que mira cómo cambian las nubes puede olvidarse de que el tigre lo busca. El que mira cómo ahora toman la forma de



un cordero, no, de un burrito... No, no, tiene cuernos como un toro, pero ahora es como un enorme pájaro que comienza a abrir las alas...

Cuando se dio cuenta ya era tarde. A su lado estaba el tigre, con una furia que sólo el zorro podía imaginar, y él ahí, patas arriba, sin posibilidad de escapar.

La mano venía torcida, así que había que inventar algo, y rápido. Entonces dijo, con una voz sin fuerzas:

–¡Cuidado, don tigre! ¡Aquí su vida corre peligro! ¡Dispare, que yo no doy más!

Y mientras hablaba apoyó firme las patas en el tronco del algarrobo.

–¿Qué pasa? ¿Cuál es el peligro? –preguntó preocupado el tigre.

–¿No ve, don tigre? ¿No ve lo que estoy haciendo?

–No, no veo nada.

–¡Apártese, don tigre, salve su vida! –dijo el zorro con un hilo de voz–. Aunque ya es tarde...

–¿Tarde para qué? –preguntó el tigre.

–Tarde para nosotros, porque el monte se nos va a venir encima. Este algarrobo era el que sostenía todo el monte y está a punto de caerse. Por suerte lo sostuve a tiempo, pero cuando caiga el algarrobo se caerán todos los árboles...

–¿Y moriremos todos?

–Todos, don tigre, porque yo no doy más. Y se nos van a caer encima el quebracho, el palo santo, el ñandubay, el lapacho... En cien leguas a la redonda no se van a salvar ni las pulgas...

–¿Ni las pulgas?

–Ni las pulgas ni los piojos, don tigre.

–¿Qué podemos hacer? ¡Siempre se puede hacer algo!

–Nada, don tigre, esta vez nada... –dijo el zorro ya casi sin voz.

–Pero podemos apuntalarlo...

–Eso sería la solución, pero no hay tiempo, adiós don tigre... ya... no tengo... fuerzas...

–Aguantá un poquito, que yo busco un tronco.

–No... puedo... más... Ya lo siento caer... –y el zorro aflojó un poco las piernas, como si el algarrobo lo estuviese venciendo.

–¡No, no! –dijo el tigre–. Yo te ayudo a sostenerlo.

–Eso, don tigre. Sostenga usted mientras yo me recupero.

No había terminado de hablar el zorro cuando ya el tigre estaba acostado, apoyando con toda su fuerza las patas en el tronco.

–¡Rápido, buscá rápido un tronco fuerte para apuntalarlo! –dijo el tigre–. Mirá que ya lo siento caer.

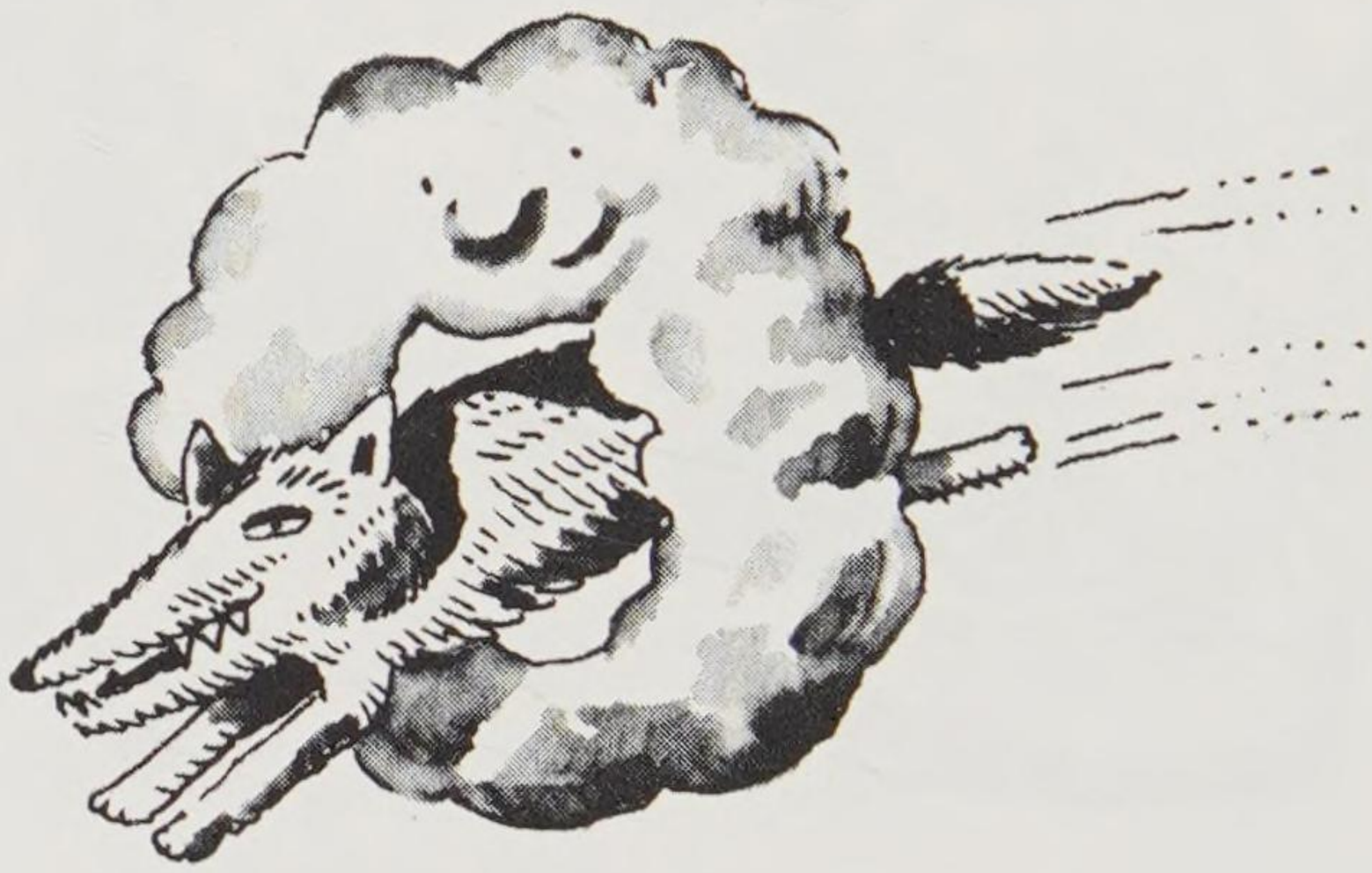
–¡No afloje, don tigre, mire que se nos viene todo el monte encima!

–Sí, sí –dijo el tigre–, ¡y en cien leguas a la redonda!

El tigre se afirmó con más fuerza todavía contra el tronco del algarrobo.

El zorro se alejó al trote, aguantando la risa, calculando cuántas horas podría aguantar el tigre ahí, empujando el tronco, hasta darse cuenta del engaño.

Cuando estuvo lejos, empezó a reír con ganas. Ahora sí que podía tener un rato tranquilo para ponerse a jugar con las nubes.



DE ESTE LADO DEL RIO

El río era ancho y alegre, los árboles con flores se reflejaban en el agua, llenándola de colores, y las mariposas bailaban la danza de los enamorados.

El tapir se acercó y se quedó parado en la orilla.

–Sí sí –se dijo–, yo creo que es mucho mejor vivir de este lado del río. Uno lo mira y lo ve correr de izquierda a derecha, que es la manera natural de correr de un río.

Y se quedó pensando cómo su amiga, la vizcacha, podía vivir del otro lado. Ese otro lado donde el mundo estaba al revés, y donde los bichos no debían de ser iguales a los que tenían la suerte de haber nacido de este lado.

–Seguro que los de este lado somos mejores –se dijo–. Sí sí, mucho mejores.

Y ahí nomás se fue a buscar un vado para cruzar y hablar con la vizcacha.

–Amiga vizcacha –le dijo–, vengo a invitarla para que se vaya a vivir de *este* lado del río. Le aseguro que no le conviene vivir del *otro* lado.

–Amigo tapir –dijo la vizcacha–, siempre pensé que yo vivía de *este* lado y usted del *otro*.

–No no –dijo el tapir–, usted vive aquí, que es el *otro* lado. Yo vivo allá, que es *este* lado. Y además mire ese río, ¿no ve que está corriendo al revés? Pierde toda la gracia si uno lo mira así, corriendo de derecha a izquierda. ¿Dónde se ha visto que un río decente corra de derecha a izquierda?

–Yo estaba convencida de que allá era el *otro* lado.

–¿Quién le dijo eso? ¿Lo leyó en algún libro? ¿Hay algún libro que pueda decir semejante cosa?

–No, nunca lo leí.

–¿Vio, vio? No lo leyó. Por algo será.

Dos monitos que estaban arriba de un árbol no aguantaron más la risa, y comenzaron a saltar de un lado para el otro.

–¿Qué les pasa, monos atrevidos? –dijo la vizcacha.

–¿De qué se ríen? –dijo el tapir enojado–. ¿No saben respetar a los mayores?

–¡Ay con esta juventud! –dijo la vizcacha.

–¿Se da cuenta, amiga vizcacha? Esto sólo puede pasar aquí, del *otro* lado del río. En cambio allá, de *este* lado...

La risa de los dos monitos no dejó oír nada más. Nunca se habían divertido tanto, y gritaban y daban saltos mortales y señalaban al tapir con el dedo de señalar tapires.

–Me parece que tiene razón, amigo tapir. ¡Cómo pude vivir tan engañada!

–No perdamos tiempo y crucemos ya mismo para *este* lado del río.

–Claro, claro –dijo la vizcacha–. Ya me parecía que aquí estaba rodeada de ignorantes.

Los monitos comenzaron a señalar a la vizcacha con el dedo de señalar vizcachas.

–Monos atrevidos, ¿nadie les enseñó que no se señala con el dedo? Ya mismo me voy a vivir de *este* lado del río.

–Señora vizcacha, señora vizcacha –dijeron los monos–, ese tapir no sabe lo que dice.

–Monos atrevidos y mal intencionados, me quieren engañar como si yo no supiera que allá es *este* lado del río.

–Déjeme explicarle, doña vizcacha –dijo un monito.

–Nada, nada –contestó enojada–, usted se calla m'hijito, es muy chico y muy ignorante. Usted no va a saber más que don tapir ni más que yo.

–Pero señora vizcacha...

–Nada, nada, si no lo dicen los libros, por algo será. Vamos, amigo tapir.

Y ahí nomás cruzaron el río haciendo gestos de desprecio, mientras la risa de los monitos, montada sobre las olas del río, llegaba hasta el otro lado, y los dos monitos señalaban al tapir con el dedo de señalar tapires y señalazban a la vizcacha con el dedo de señalar vizcachas.

TRADICION
DE DOMADORES

Esa siesta no se animaban a salir al sol ni las iguanas.

Sentados en el suelo, sobre las flores caídas del jacarandá, charlaban el sapo, la paloma, el coatí y el quirquincho.

–Bah –dijo el sapo–, estas iguanas no pasean al sol ni para conservar la tradición.

–¿Qué es eso de las tradiciones, don sapo? –preguntó la paloma.

–¿Tradiciones? Ni me hablen. Tradiciones eran las de antes.

–¿Sí, don sapo?

–Y el que supo ser un buen tradicionalista fue el Martín Ezpeleta.

–Ese Martín, ¿era un sapo?

–No, no, era un vasco, que viene a ser una gente tan valiente como los sapos.

–¿Y qué pasó?

–Resulta que al bisabuelo del Martín, el primer vasco domador, un 29 de febrero lo tiró un alazán y le quebró siete costillas.

–¡Que lo tiró!

–Claro que lo tiró. Era un potro bravo. Pero hasta ahí no es nada. Al abuelo del Martín,

otro 29 de febrero, un alazán también le quebró siete costillas.

–¡Mire la casualidad! ¡También siete costillas!

–Y eso no es nada. El padre del Martín, domador de los que ya no hay, también quiso montar un alazán otro 29 de febrero.

–¿Y qué? ¿Lo tiró?

–Claro que lo tiró.

–¡Que lo tiró! ¡Tradición de domadores!

–Eso mismo fue lo que pensó el Martín, gaucho domador y respetuoso de las tradiciones. Nunca lo había volteado un caballo.

–¿Y había domado muchos?

–Muchos no. Los había domado a todos.

–¿A todos los potros?

–Bueno, a casi todos, porque quedaba un alazán sin domar.

–¿Y lo domó?

–Ya le cuento, ya le cuento. No ande más rápido que atropellada de lagartija. Eligió para domarlo un 29 de febrero.

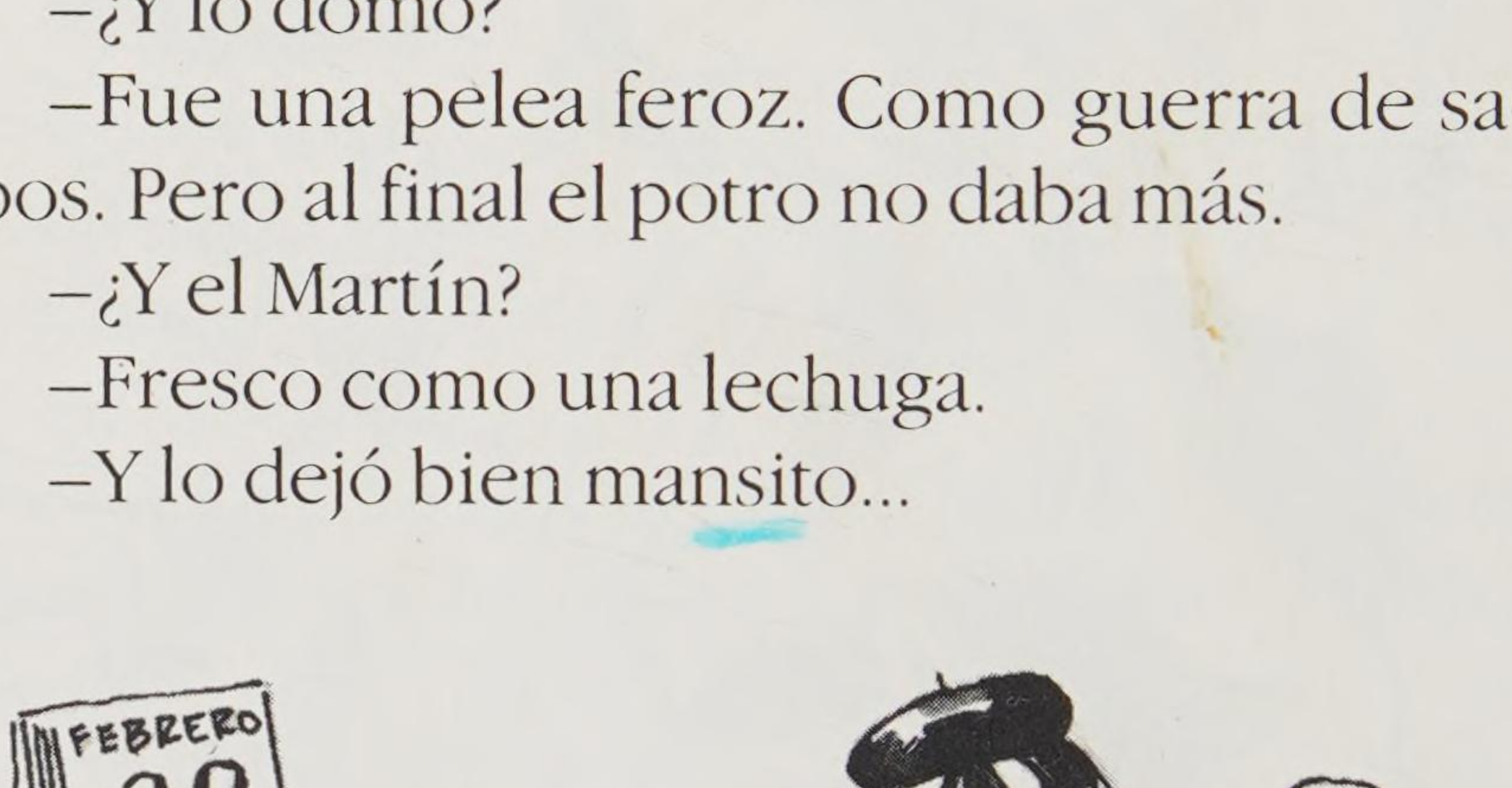
–¿Y lo domó?

–Fue una pelea feroz. Como guerra de sapos. Pero al final el potro no daba más.

–¿Y el Martín?

–Fresco como una lechuga.

–Y lo dejó bien mansito...



–Eso parecía. Pero ahí lo vimos volar al Martín. Cayó y se quebró siete costillas.

–¡Y ya lo tenía domado! ¡Eso sí que es mala suerte!

–¿Mala suerte? Nada de eso. Mala suerte no. Se tiró solito, para no romper la tradición de los Ezpeleta.

El quirquincho, el coatí y la paloma se miraron con los ojos más redondos mientras el sapo se alejaba diciendo:

–Já, si sabrá de tradiciones este sapo.

PROHIBIDO
EL ELEFANTE

Las cosas andaban mal en el monte. Muchos animales miraban para arriba o silbaban haciéndose los distraídos cuando se cruzaban con otros.

Y también comenzaron los rumores.

Los de aquí decían esto y lo otro de los de allá.

Los de allá decían lo otro y esto de los de aquí.

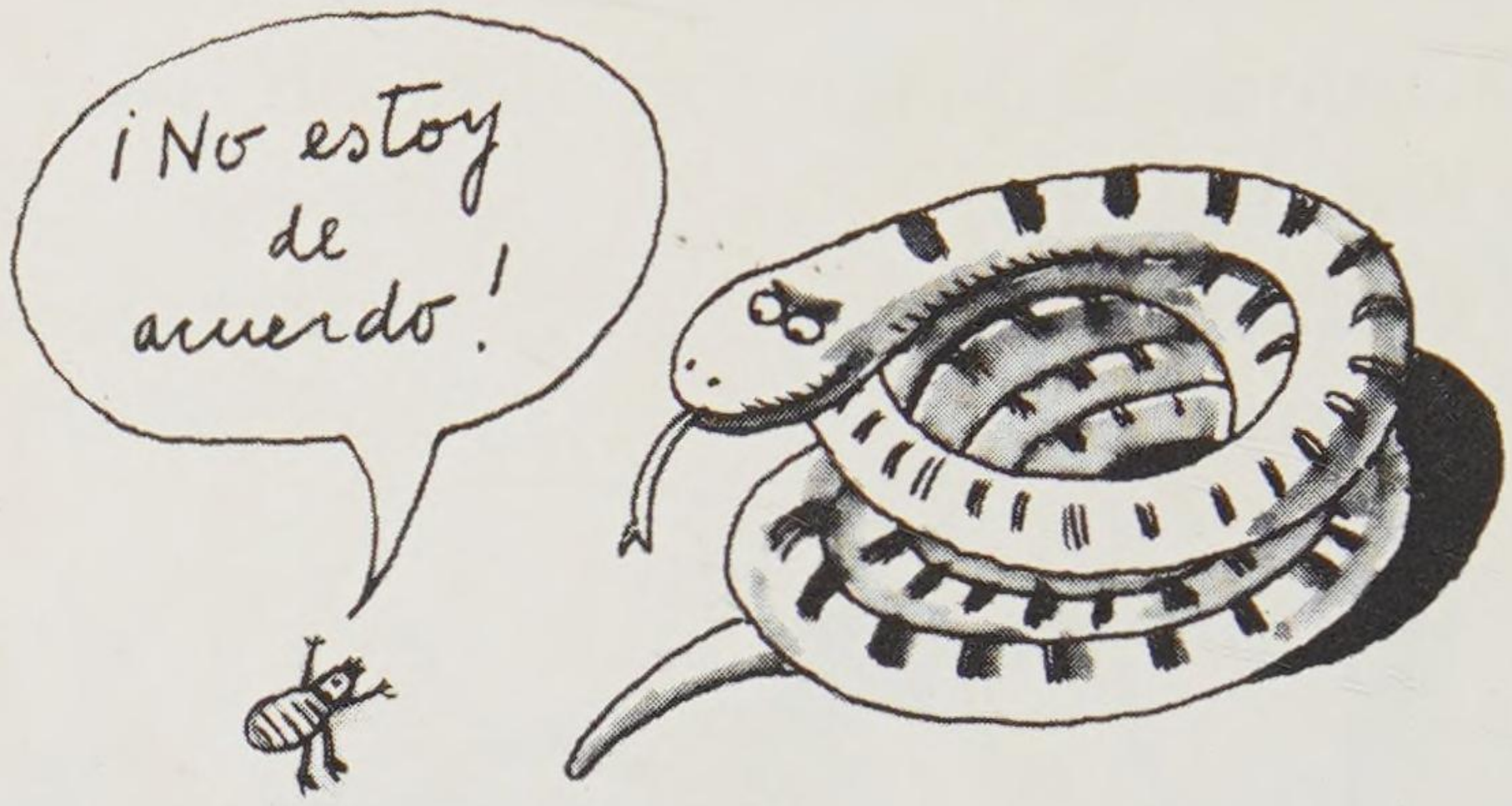
Y casi todos estaban peleados con casi todos.

–Y, sí –decía el tapir–,
mire lo que anda diciendo
el quirquincho,
que el elefante
es un bicho así

y del tamaño de un ratón. Ésas son ideas del sapo, son ideas foráneas, contrarias al sentir nacional.

–Y, sí –decía el ñandú–,
mire lo que anda diciendo
el oso hormiguero,
que el elefante
es un bicho así

y del tamaño de un caballo. Ésas son ideas de la lechuza. Son ideas contrarias a nuestra legítima tradición.



Y el coatí que decía esto de la iguana.

Y el tatú que decía aquello del mono.

Y el zorro que decía lo de más allá de la tortuga.

Y nadie estaba contento.

Nadie. Y menos todavía la pulga, que había vivido en un circo y conocía un montón de elefantes.

Pero ya se sabe, a las pulgas nadie les hace caso.

–Bueno bueno –dijo el jaguar, que estaba convencido de que el elefante era del tamaño de un ratón–, vamos a terminar con esta discusión.

El puma, que opinaba que el elefante era un bicho cogotudo y de patas largas, dijo:

–Sí sí, hay que poner un poco de orden. Hagamos unas elecciones y listo.

–Eso eso –dijo el jaguar–. Y no perdamos más tiempo.

Y cada cual se fue por su lado a organizar las elecciones.

Nombraron a sus representantes, formaron un colegio electoral, dictaron las leyes de propaganda y arreglaron todos los problemas legales.

Claro que eso se parecía muy poco a unas elecciones, porque en esa época los que mandaban eran el jaguar y el puma. A veces discutían entre ellos, y entonces los animales tenían libertad para elegir.

Podían elegir lo que opinaba el jaguar.

O podían elegir lo que opinaba el puma.

Lo único que no podían era pensar otra cosa, porque, como decía la vizcacha, ¿para qué querían pensar si era más cómodo obedecer?

Y muchos estaban de acuerdo. Les gustaba estar de acuerdo con el jaguar o con el puma. Eso tenía sus ventajas.

Y se largó la campaña.
Los carteles del jaguar decían:

Los carteles del puma decían:

La pulga también quiso poner carteles, pero las leyes se lo prohibían, porque prohibían opinar a todo aquel cuyo nombre empezara con *pul*.

–Es una ley injusta –dijo la pulga.

–¿Injusta? ¿por qué? Nos toca a todos por igual –dijo la vizcacha–. Cualquiera podría tener un nombre que empiece con *pul*.

–*Dura lex, sed lex* –dijo la lechuza.

–Claro que sí –dijo la vizcacha–. Hace falta una ley dura aunque nos dé sed.

La lechuza no quiso aclarar, porque la pulga estaba escuchando, que ella había dicho en latín "dura ley, pero ley".

Pero cuando se fue la pulga decidieron cambiarla. Ahora diría, para que nadie pudiera andar discutiendo: "Prohibido opinar a todos aquellos cuyo nombre empiece con *peritonitis, pedagogía, dinosaurio* o *pul*".

–Ley pareja no es rigurosa –dijo la lechuza–. Ahora no podrá decir nada esa pulga. Para mí que tiene ideas foráneas.

–¿Le parece? ¿Tan chiquita y ya con ideas foráneas? Es el colmo esta juventud –dijo la vizcacha muy preocupada.

Pero la pulga era pulga de pelea, y no se rendía tan fácilmente. Se puso a trabajar día y noche y escribió mil carteles así:

Pero por el tamaño que tenían nadie los pudo leer.

El día de las elecciones no faltó ninguno. Bueno, en realidad faltaron muchísimos: todos aquellos a los que no les importaban las opiniones del jaguar ni del puma, pero a ésos nadie los tenía en cuenta.

Cuando terminaron de votar contaron los votos.

Los contaron cuidadosamente, una y otra vez, pero no había nada que hacerle, eran exactamente iguales.

–Amigo puma –dijo el jaguar–, esto no tiene solución. Tal vez podamos llegar a un acuerdo.

Y hablaron y hablaron.

Cuando terminaron de hablar, confundidos en un gran abrazo, aparecieron ante los animales que esperaban el resultado final.

–Queridos animales –dijo el puma.

–Animales queridos –dijo el jaguar.

–Por unanimidad –dijeron los dos–, hemos decidido terminar con esta discusión, porque lo importante es que estemos unidos frente a la opinión del mundo ya que ante todo somos derechos y animales. Ya no hay más problemas, hemos decidido que los elefantes no existen.

–¡Viva, viva! –gritó la vizcacha–. ¡Claro que los elefantes no existen!

–¡Los elefantes no existen! –gritaron los admiradores del puma.

–¡Los elefantes no existen! –gritaron los admiradores del jaguar.

Y se fueron contentos. Para un lado y para el otro. Todos contentos.

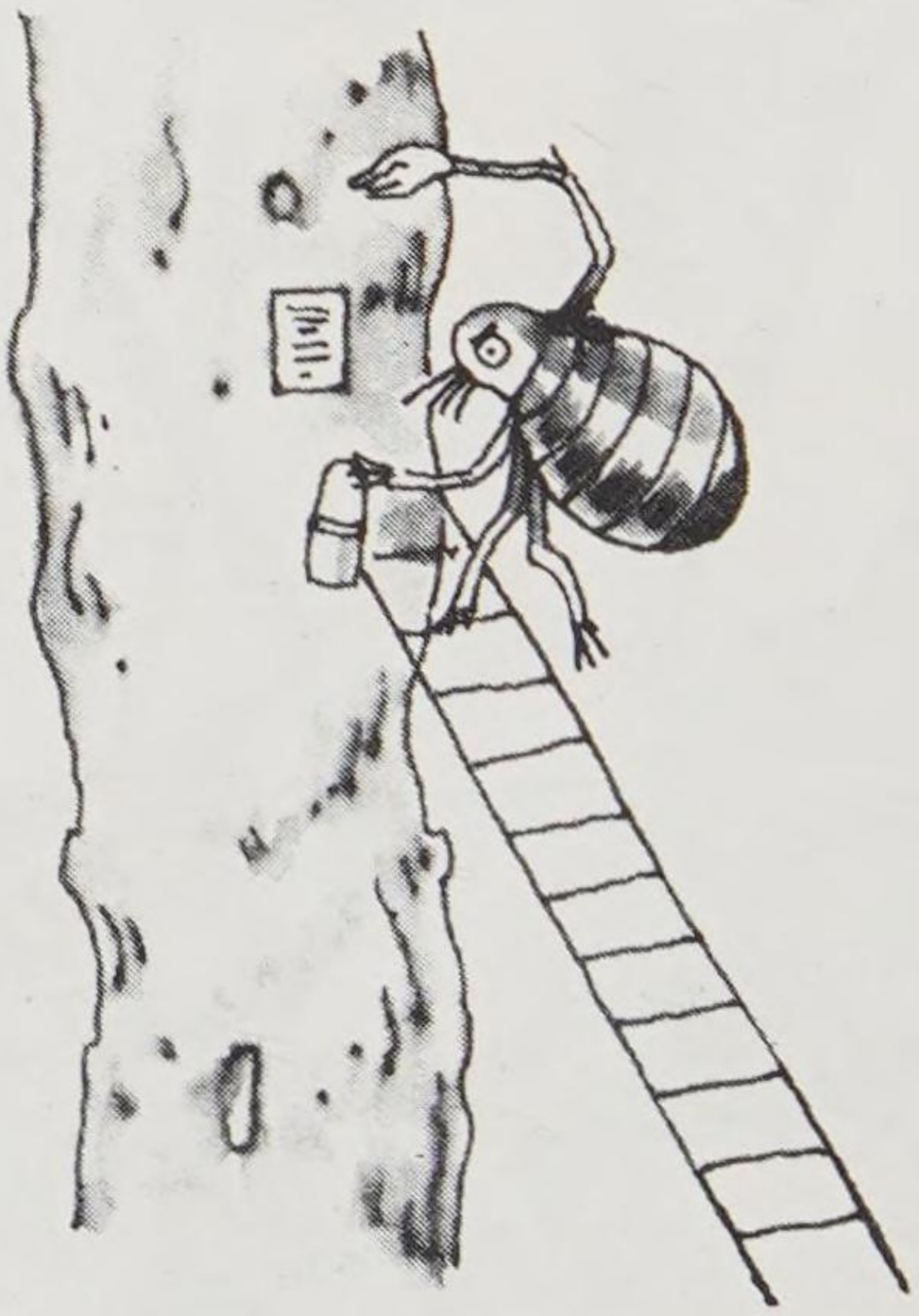
¿Todos?

Bueno, todos no. Porque la pulga, acordándose de la trompa de los elefantes, de las patas de los elefantes, de los grandes colmillos de los elefantes, y de esas orejotas por donde había paseado tantas veces, en sus años de circo, estaba que lloraba de rabia.

Y entonces se acordó de una frase de un tal Bioy Casares que decía: "El mundo atribuye sus infortunios a las conspiraciones y maquinaciones de grandes malvados. Entiendo que subestima la estupidez".

La pulga se puso a trabajar noche y día. Y escribió y escribió, repitiendo la frase en mil carteles, que fue pegando en cada uno de los árboles del monte.

Y pegó mil carteles así:



Pero por el tamaño que tenían nadie los pudo leer.

¿Nadie?

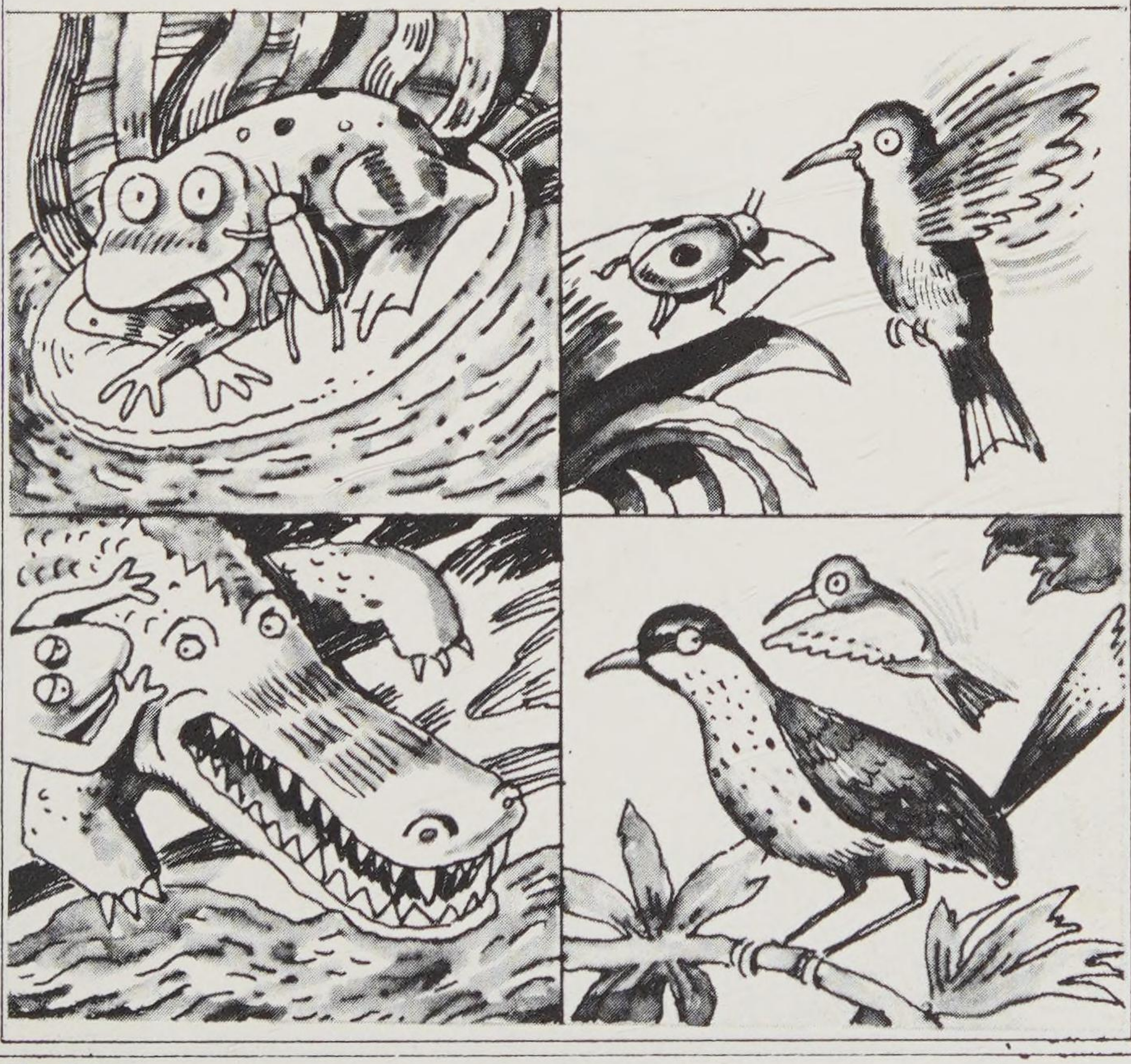
Bueno, tal vez no tanto como eso. Porque los leyeron el bicho colorado y el piojo chamamecero y la vaquita de San Antonio.

Y el bicho colorado le contó al sapo.

Y la vaquita de San Antonio le contó al picaflor.

Y el sapo le contó al yacaré.

Y el picaflor le contó a la calandria.



Y la calandria le contó al teru teru, que lo fue desparramando por los alrededores de la laguna grande.

¿Y el piojo chamamecero?

El piojo chamamecero me lo contó a mí, para que escriba esta historia de pulgas y elefantes y otras yerbas, y para que se la cuente a todos los chicos.

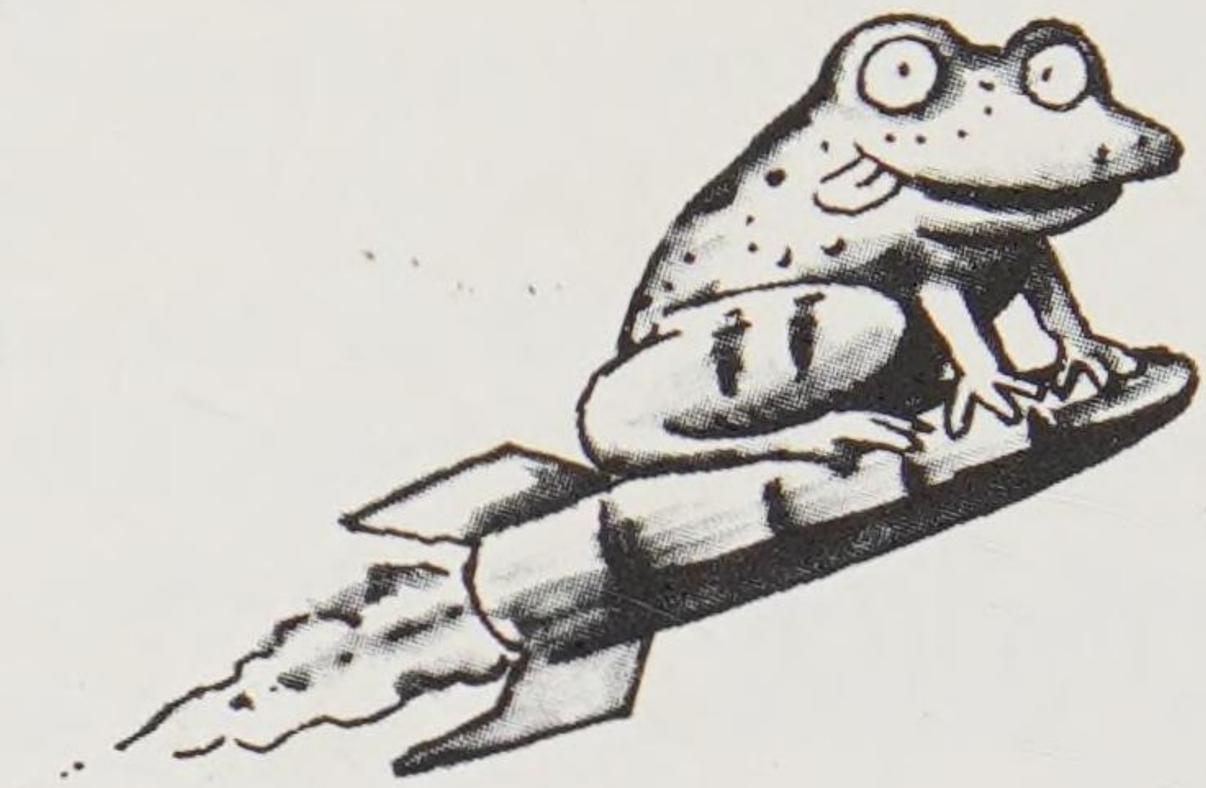
INDICE

El zorro y las nubes 9

De este lado del río 19

Tradición de domadores 29

Prohibido el elefante 37



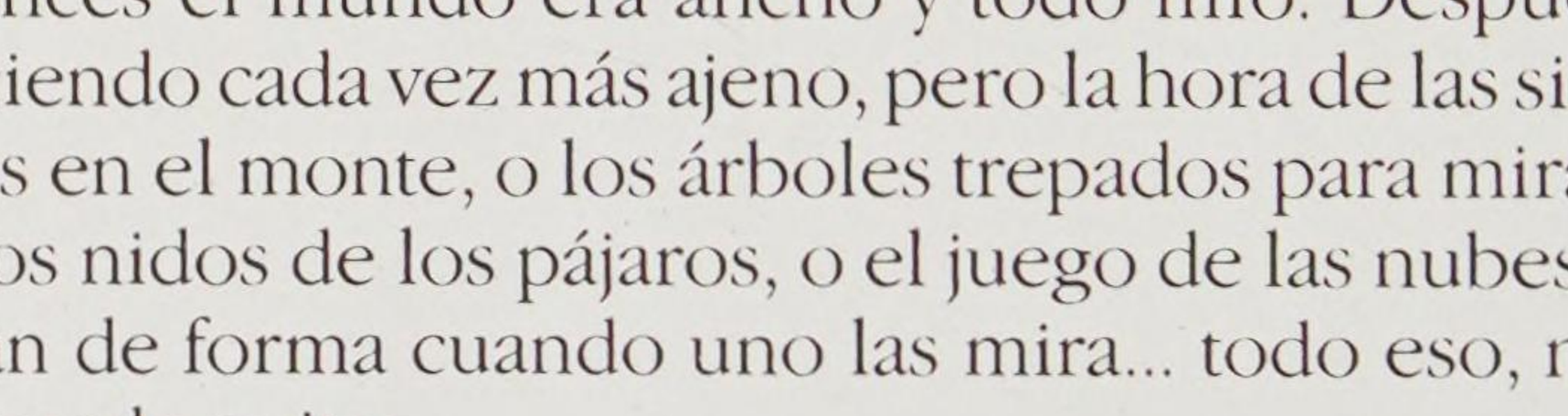
DEL AUTOR

¿A quién se le ocurre en esta época de naves espaciales escribir cuentos con animales?

Bueno, a mí se me ocurre. De tanto mirar para arriba uno a veces se olvida de mirar lo que tiene al lado, y entonces todos salimos perdiendo.

Yo me crié en el monte chaqueño, por allá en lo alto del mapa, cerca del río Bermejo, y aprendí a jugar con los animales, y a conocerlos y a quererlos. Vale la pena, porque, como dice alguno de los amigos del sapo, "el que no nos conoce no sabe lo que se pierde".

Entonces el mundo era ancho y todo mío. Después se fue haciendo cada vez más ajeno, pero la hora de las siestas secretas en el monte, o los árboles trepados para mirar de cerca los nidos de los pájaros, o el juego de las nubes que cambian de forma cuando uno las mira... todo eso, nadie me lo puede quitar.



DEL ILUSTRADOR

Mientras realizaba los primeros bocetos para estos cuentos, pensaba en un hombre prehistórico, en la penumbra de una profunda caverna, dibujando osos, ciervos, bisontes, una y otra vez hasta cubrir las paredes con cientos de imágenes. Esta era su manera de conservarlos, de retenerlos.

La fascinación que los animales producen en nosotros con sus formas, sus colores, sus costumbres, no ha variado desde entonces.

Dibujar es una manera de conocer, y cuando conocemos algo podemos llegar a entenderlo mejor, a quererlo más.

Fue para mí un placer descubrir con el lápiz a tantos animales de nuestra fauna autóctona y compartir sus alegrías, enojos, tristezas y fantasías.

Pero quedan muchos otros que no fueron presentados en este libro. Ahora les toca a ustedes.

Los invito, a través del dibujo, a viajar a aquellos lugares donde, por un camino, en vez de un automóvil puede llegar a pasar... un elefante.

Pereyra

COLECCION PAN FLAUTA

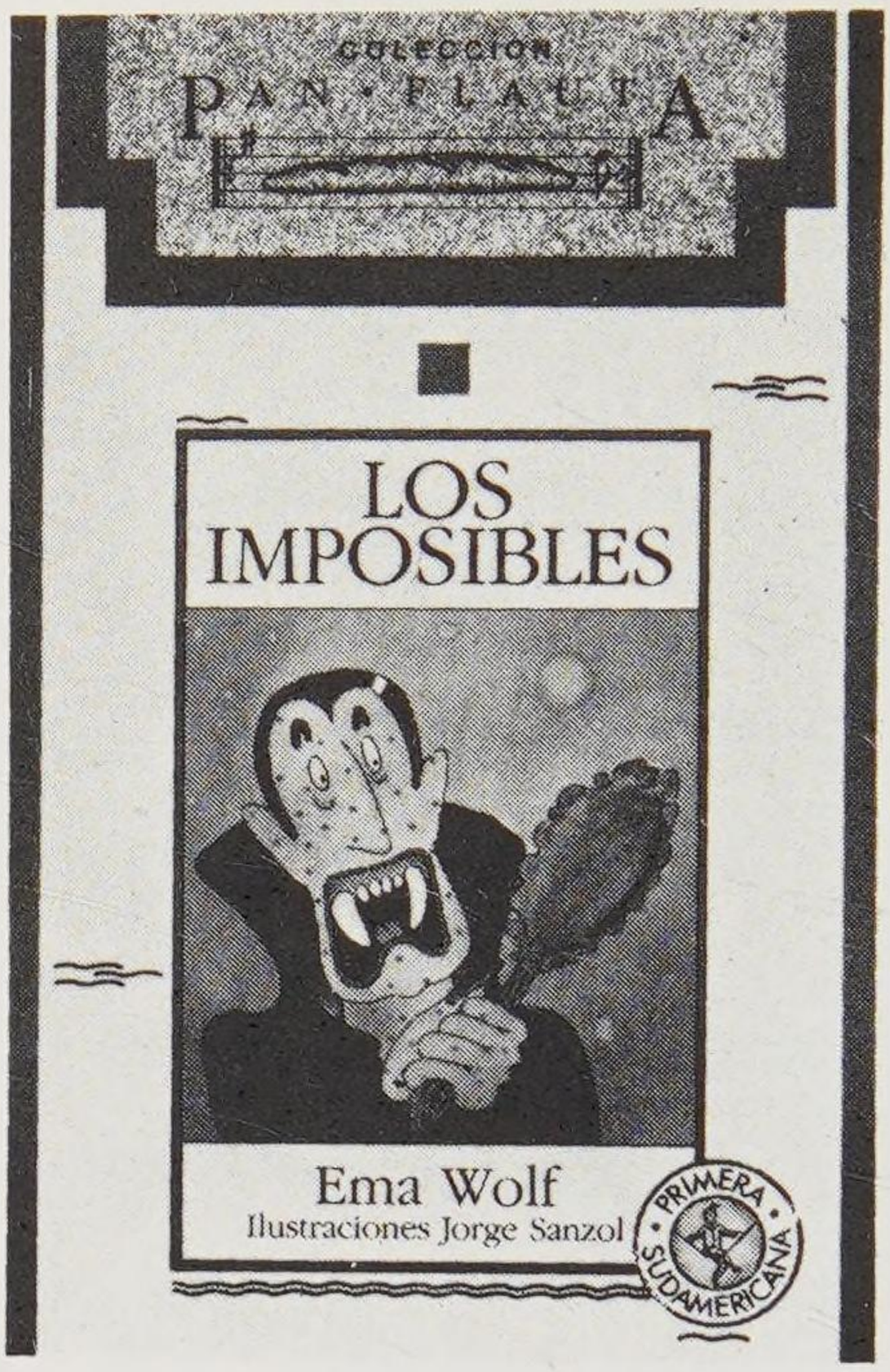
1. Marisa que borra, *Canela* (N)
2. La batalla entre los elefantes
   y los cocodrilos, *Ana María Shua* (M)
3. Los imposibles, *Ema Wolf* (V)
4. Cuentos de Vendavalia, *Carlos Gardini* (M)
5. Expedición al Amazonas, *Ana María Shua* (N)
6. El mar preferido
   de los piratas, *Ricardo Mariño* (V)
7. Prohibido el elefante, *Gustavo Roldán* (M).

1/ MARISA QUE BORRA

Serie naranja
Sentimientos

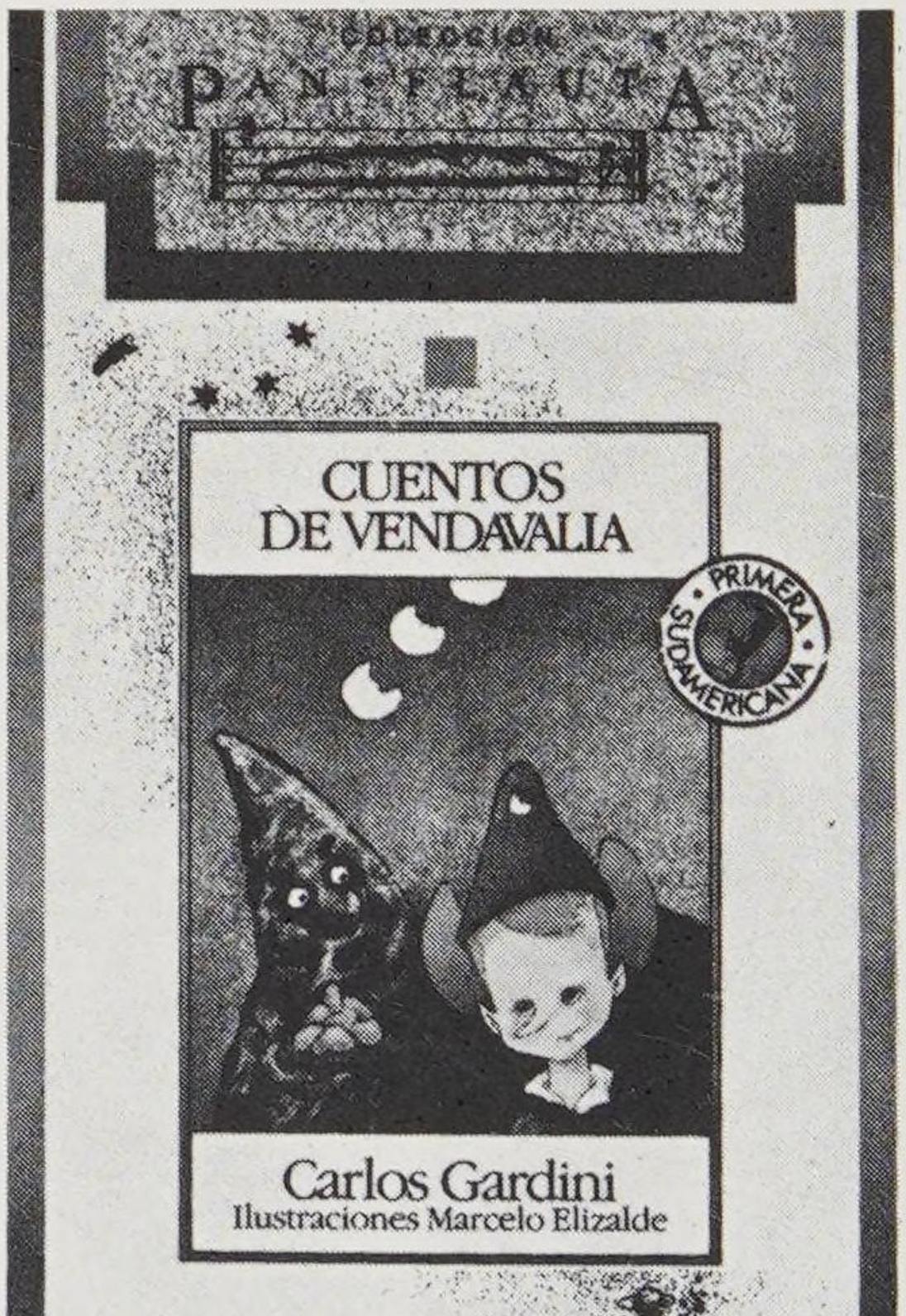
2/ LA BATALLA ENTRE LOS ELEFANTES Y LOS COCODRILOS

Serie magenta
Naturaleza



3/ LOS IMPOSIBLES

Serie verde
Humor

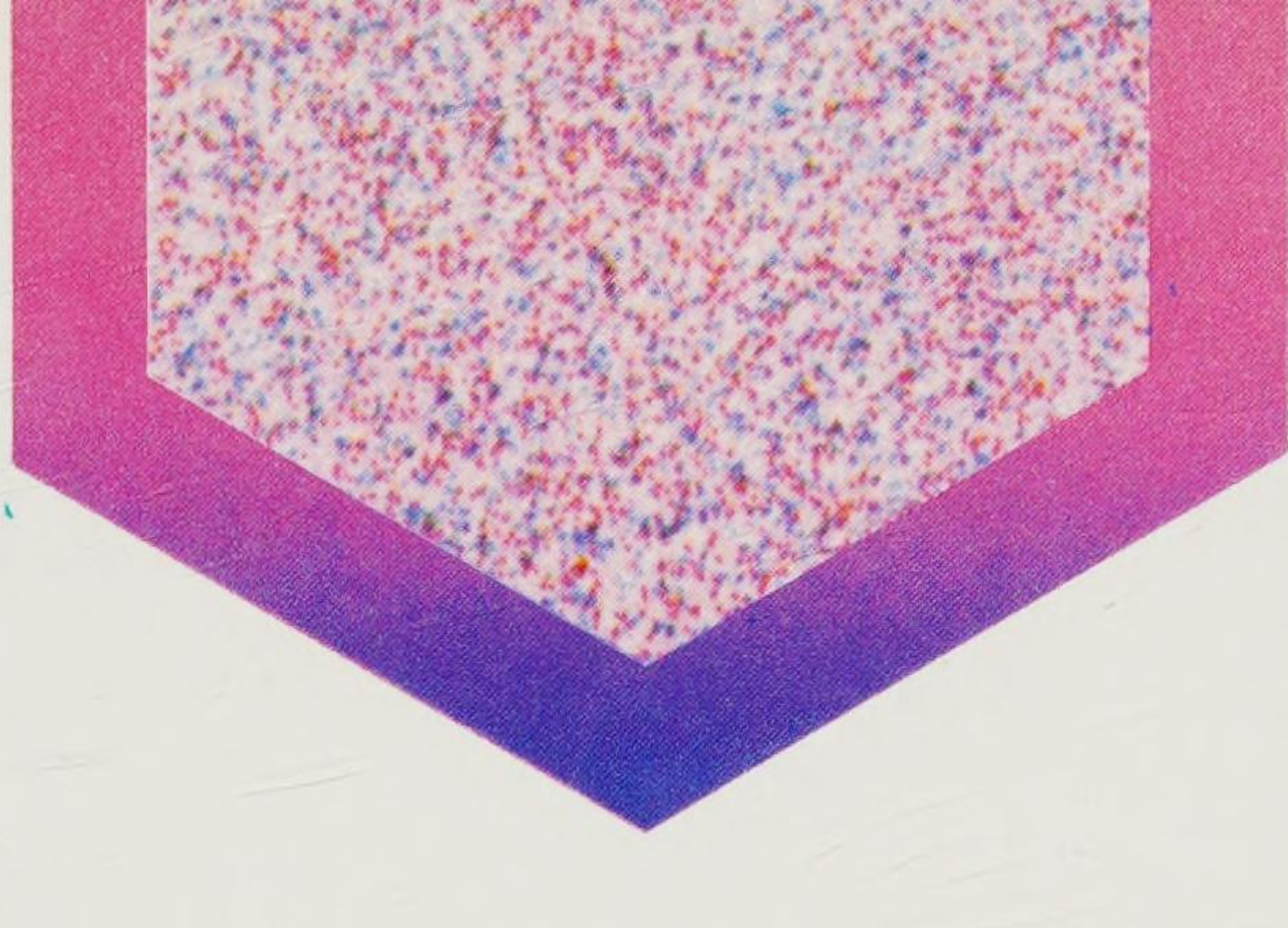


4/ CUENTOS DE VENDAVALIA

Serie magenta
Ciencia ficción

Esta edición de 3000 ejemplares,
se terminó de imprimir en
Industria Gráfica del Libro,
Warnes 2383, Buenos Aires,
en el mes noviembre de 1988.

Harris County Public Library
Houston, Texas



EL ILUSTRADOR

Nació en Córdoba en 1952. Vive en Buenos Aires desde 1966 donde trabajó en la arquitectura, la música y las artes plásticas.
Disfruta ilustrando libros para chicos porque en ellos "todo es posible".
Colecciona libros de ciencia ficción, historietas y juguetes antiguos que estimulan su imaginación.

COLECCION

PAN • FLAUTA

A partir de 9 años

HUMOR

PROHIBIDO EL ELEFANTE

Cuentos con pulgas y zorros, tigres y tapires, sapos y piojos, y un montón de animales más del monte chaqueño.
Algún cuento no tan serio y otros menos todavía, porque la risa, ya se sabe, eso sí que es una cosa seria.

ISBN 950-07-0529-X

TL-453-179